

Me engaño; veía con vivo placer un retratito que le había pintado su amante. Era un simple boceto, mas el pintor había sabido darle un no sé qué que le procuraba el parecido y el encanto. Así es que ella le había dicho:

—No lo retoques; no me harías más linda.

Lucía se perdió con mil delicias en aquel querido recuerdo.

—Al fin,—dijo,—volveré tal vez á enamorarme. Finjo demasiadas pasiones para no caer de veras en una de ellas. Después de todo, probable es que amara á Gontrán; pero de lo que estoy segura es de que no amo al príncipe: me parece un retrato pendiente de cualquiera de los clavos que hay en las paredes de mi hotel. Y, por desgracia, abandona con excesiva frecuencia el marco.

Pasó revista á todos sus amantes y adoradores, los muertos como los heridos, pero especialmente los que vivían. Pensó en Eugenio Deschamps, mas éste era un escéptico en amor.

Recordó que la víspera, cenando en casa de una de sus amigas, había experimentado gran emoción oyendo contar á un señor Carlos Abelle, que hablaba de dar la vuelta al mundo siguiendo las huellas de Capoul.

—¿Y si yo diese esa vuelta con él?—se dijo, como si le hiciera falta una gran distracción.

Este Carlos Abelle la había dicho que la adoraba; ¿por qué no había de ser verdad? Era bello y cantaba; ¿por qué no había de amarle?

Llamaron á la puerta del hotel.

—El destino me envía compañía para comer,—dijo Lucía.

Se anunció al señor Carlos Abelle.

Cuando Lucía tendióle la mano, murmuró:

—Es el amor que viene.

No sospechaba, ella que había dado muerte á Gontrán, que Carlos Abelle, á su vez, llevábale la muerte en el amor.

—¡Esto es sorprendente, querido!—le dijo, haciéndole seña de que tomara asiento á su lado.—¡Cómo se parece usted á mi primer amante!

—¡Esto es sorprendente!—dijo Carlos Abelle en el mismo tono.—¡Cómo se parece usted á mi primera querida!

—¡Usted se burla!

—Nada de eso; aquélla era rubia, usted es morena; aquélla era baja, usted es alta; aquélla era muy burra, usted tiene talento; pero la amaba y la amo á usted; he ahí por qué se parecen.

Lucía juzgó que había hablado bien. Y, como Carlos Abelle acompañó sus palabras con un atrevido beso, murmuró, palideciendo intensamente:

—¡Te adoro!

II

Por qué las cortesanas no tienen hijos

Entreabramos la puerta del aposento de Lucía.

Son las tres; una joven, con un niño en brazos, acaba de entrar. Es Colomba, casada desde hace un año.

La comedianta ha pasado la noche en una cena. Ha bailado y jugado; no se ha acostado hasta la madrugada; apenas si está despierta.

La joven madre está sofocada por los perfumes que envenenan el hotel de Lucía, en el cual, gracias á tantos aromas, siéntese la vida artificial.

Un sentimiento cristiano y familiar conduce á Colomba á casa de su hermana. Una vez más quiere tratar de arrancarla á las delicias y los horrores de la vida de cortesana.

Al ver entrar á la joven, Lucía se siente feliz; arrójase del lecho para correr á abrazarla.

Estrecha á la madre contra su seno y llora de alegría sobre el adorable rostro sonriente de la criatura.

—Querida Lucía,—dice Colomba,—antes de dar á luz hice una promesa; juré á Dios que te salvaría.

La comedianta mira á su hermana con sorpresa. Parece no comprender.

—¡Has jurado que me salvarías! ¡Pero si no estoy tan perdida como crees! Dijérase que vienes á verme al hospital.

—¡Ah, querida Lucía! Tu cuerpo está en un palacio, pero tu corazón se encuentra en un hospital. ¿Cómo no tienes la altivez de comprender esto?

Lucía alza la cabeza. Se indigna, pero se contiene.

—Ya he pensado en eso, mas aun no es tiempo: ¡soy tan joven!

—Haz á tu deber el sacrificio de tu juventud. ¡Te lo suplico en nombre de nuestra madre, en nombre de mi hija!

Y Colomba, tornándose aun más dulce, añadió:

—Mira, Lucía, no seré feliz sino á medias mientras los periódicos se hagan eco de tus altas acciones. Mi marido tiene el buen gusto de no hablarme de ti, pero le apena lo que tú haces.

—¡Cualquiera creería que le mando mis facturas!

—Muy capaz sería de pagarlas si tú quisieras comprometerte á no seguir siendo una loca.

—¡De prisa vas! ¡Bien se ve que el matrimonio es para ti una distracción! Yo sólo tengo el amor. Pero tranquilízate: quiero poner fin á esto no tardando mucho; y un fin digno de ti. Amo. ¡Ni una palabra más!

—Acuérdate, Lucía, de que he hecho una promesa.

Hablaron por espacio de media hora; jugaron con el niño, se abrazaron.

Colomba se ha marchado; Lucía se pasea pensativa.

—Después de todo,—dijo,—no hace cara de divertirse mucho en su felicidad. Adoro á mis amantes; mas si me fuera preciso no amar sino á mi marido, no me divertiría, lo aseguro, lo aseguro. ¡La vida de familia! ¡Zape!

¡Zape! es la exclamación más elocuente de Lucía. Con esta palabra da fin á sus más bellos periodos.

—Y, sin embargo,—añadió,—es una verdadera alegría llevar un niño en brazos.

Volvió á acostarse.

—¡Sí, pero yo no tendré niños! Las cortesanas son como aquellos árboles de los trópicos que dan flores, pero no frutos, porque el sol los quema.

III

Un amante de corazón

La princesa de *** dió una velada cantante. La señorita Lucía estaba invitada «á cantar»; al menos se le daba un billete de quinientos francos para sus guantes y su coche, según expresión consagrada.